

luntad, y de parte de los alemanes, con todas las apariencias del orden y de la disciplina, había división, vacilación, incertidumbre absoluta sobre los medios y el fin.

Para juzgar el principio de la guerra hay que ver el fin. Es preciso para apreciar la estimación que merecen aquellos Cruzados que aquí levantaron la bandera contra la Revolución, es preciso, digo, saber á qué precio se arreglarán con ella dentro de algunos años. Después de tantas frases sonoras sobre el derecho y la justicia, los caballeros se mostrarán tales como son, como unos ladrones. Prusia robará en el Rhín y Austria en Italia. Una y otra, no habiendo podido ganar nada al enemigo, ganarán á costa de sus amigos. Cosa extraña, se los verá tender la mano á la Francia y hacerse entregar por ella (una enemiga victoriosa) entregar á sus propios amigos y decir poco más ó menos esto: «No he podido tomar tu vida. Dame la vida de mi hermano.»—Así Prusia devorará á los pequeños príncipes alemanes y Austria absorberá á su fiel aliada Venecia.

Todo esto se verá muy pronto. Pero sin esperar tanto, en el mismo año en que estamos, en el 92, ¿cómo ver sin horror la escena que ocurría en el Norte?...

Por mi parte, no pido que se muestre humanitario el oso blanco de Rusia, ni los cuervos de Alemania. Que Polonia sea devorada, no me extrañará. Pero que aquellas bestias salvajes hayan podido tomar formas humanas, voces dulces, palabras de miel, eso conmueve y da frío... ¿Qué necesidad tenía Prusia de comprometer, de ofrecer, de empujar á Polonia hacia la libertad? ¡Cómo! ¡miserable, para que amenazada por los dientes del oso le diese Thorn y Dantzig? ¡Y que cosa más horrible que ver á la misma Rusia hablar de *libertad*, quejarse de que Polonia *no sea bastante libre!* Luego, mezclando la burla con la execrable hipocresía, acusar á su víctima tan pronto de que era realista, como jacobina!... Por fin aquellas honradas gentes dirán el 93 que, en su afán por la pobre Polonia y *por miedo de que á sí misma no se perjudique*, creen conveniente para ella *que se encierre*, aun más, *entre ciertos límites*.

En Francia es donde Prusia y Austria debían encontrar su espionaje. Entraron como conquistadores y salieron como ladrones, sin guerra formal y sin combate. Algunos cañonazos y los silbidos de nuestras mujeres, esto es lo que nos costó. El famoso duque de Brunswick se fué sin volverse....

¡Líbrenos Dios de insultar á la Prusia del gran Federico ni á sus excelentes soldados á los que llevaba á la muerte!... La mala conciencia de sus jefes, la vacilación natural del político inmoral que solo obedece al interés del día, he ahí lo que perdió á aquellos pobres alemanes y les puso en ridículo. Digámoslo también, su bondad excesiva, su dulzura, su paciencia para seguir á sus indignos reyes.

Los dos ladrones, Prusia y Austria, no obraban de ningún modo

de acuerdo. El prusiano, solicitando hacía mucho tiempo el tratar aparte, era por esto mismo sospechoso á su camarada. El austriaco, que se mostraba como pariente de la reina de Francia, tenía sin embargo el pensamiento secreto de robar por su parte, de meter las manos en la Alsacia ó en los Países Bajos, aprovechándose de la miseria de Luis XVI, al que venía á poner en libertad, para despojarle al mismo tiempo.

Con tan buenas disposiciones y tales secretas miras, se guardaron muy bien de conceder á monsieur el título de regente de Francia, que hubiera agrupado á su alrededor á todos los realistas, dando una nueva energía al ejército de los emigrados. No querían de ninguna manera triunfar gracias á los franceses. Querían obtener buen éxito y temían obtenerlo demasiado bueno. Querían y no querían.

Si entre el ejército de los emigrados había alguno oficial inteligente, intrépido como Mr. de Bouillé, se guardaron bien de emplearle; se le mantuvo en última fila, dejándole en el bloqueo de Thionville, enviándole al Rhín, á Suiza, á todas partes, en fin, donde era inútil.

Es curioso ver al ejército de la contrarrevolución caminar pesadamente por Coblenza y Treves; hermoso ejército, por lo demás, bien organizado, rico, sobrecargado de equipajes magníficos, con un tren real y otro de no sé cuantos príncipes. Brunswick, el general en jefe, había dicho: «Es un paseo militar.» El rey de Prusia había abandonado sus queridas para dar aquel paseo. Su presencia, la conservación de su preciosa persona, hubiera hecho prudente á Brunswick, si ya él no lo hubiera sido.

Lo esencial no era vencer; el interés capital estaba en no exponer demasiado al rey de Prusia, devolviéndole sano y salvo.

Esta es la idea que el prudente Brunswick debió acariciar sin cesar, y á esto se limitó el éxito de la expedición.

Brunswick era ya un hombre de edad; era él también príncipe soberano; era un hombre prodigiosamente instruido; además vacilante y escéptico. El que sabe mucho, duda mucho. Lo único en que creía era en el placer. Pero el placer prolongado más allá de cierta edad, enerva no solo el cuerpo, si no también la facultad de querer. El duque se había conservado valiente, sabio, espiritual, lleno de ideas y de experiencia; no había perdido más que una cosa, por lo que era eunuco; ¿que cosa? La voluntad.

En aquel ejército de reyes, de príncipes, había entre otros un príncipe soberano, el duque de Weimar, y con él, su amigo, el príncipe del pensamiento alemán, ya lo hemos dicho, el célebre Goethe. Había venido á ver la guerra, y de paso, en el fondo de un furgón, escribía los primeros fragmentos del *Fausto*, que publicó á su regreso. Aquel asiduo cortesano de la opinión, que la expuso fielmente, sin adelantarse á ella jamás, expresaba entonces, á su manera, la descomposición, la duda, el desfallecimiento de la Alemania. En una obra sublime poetizaba su vacío moral, la viva agitación de su espíritu. Salió de este estado glo-

riosamente gracias á hombres de fe, á Schiller, á Fichte y sobre todo á Beethoven. Pero aun no era llegado la hora.

Ninguna idea, ningún principio predominaban en aquel ejército. Avanzaba lentamente, como era natural, no teniendo razón ninguna para avanzar. Allí estaban los emigrados, rogando, suplicando, muriéndose de impaciencia. Brunswick soñaba. Es verdad que podía tomar un partido; pero este no valía más que otro, á menos que un tercero no fuese mejor todavía. Por fin, cuando después de pensarlo se había decidido hacer algo, comenzaba á ejecutarse lentamente por el prudente prusiano Hohenlohe, ó por el más prudente aun el austriaco Clairfap. Hay que tener presente que no había habido guerra desde hacía treinta años. La guerra veloz como el rayo del gran Federico había sido olvidada. La prudente táctica de los generales austriacos era muy apreciada. ¿Qué necesidad había de ir tan aprisa, si se podía, casi sin moverse, esperar los mejores resultados?

No es conveniente, decía el duque de Brunswick á nuestros fogosos emigrados, que demos algo de tiempo á esos realistas cuyos socorros me prometéis, para que se decidan y se pongan en movimiento. Sin duda van á llegar las diputaciones de un pueblo feliz al ser libertado, que vendrán á saludar y alimentar á sus libertadores. «Aun no los veo.»

Y en vez de verlos, el aldeano, en toda la línea, permanecía maliciosamente inmóvil, guardaba y ocultaba sus granos, los recogía á toda prisa y se los llevaba. Los alemanes se extrañaban de encontrar tan pocos recursos. Se apoderaron de Longuy y de Verdun, como hemos visto, pero por la traición de algunos oficiales realistas, por el miedo de algunos burgueses que temieron el bombardeo; dos accidentes y nada más. Los soldados de las guarniciones, los voluntarios de Ardenes, los de Maine-et-Loire, forzados á entregarse, demostraron la más violenta indignación. El joven oficial al que se obligó que llevase al rey de Prusia la capitulación de Verdun, obedeció dando muestras de verdadera desesperación; con el rostro inundado por las lágrimas. El rey preguntó el nombre de aquel joven, que se llamaba Marceau.

Mezieres, Sedan, Thionville, demostraron mejor voluntad para resistir que Verdun. Thionville fué sitiado con fuerzas considerables (recibieron los sitiadores un refuerzo de doce mil hombres). Wimpfen, el general francés que mandaba la plaza, hizo un alarde de vigor; su defensa era ofensiva: á cada momento, iba con audaces salidas á visitar al enemigo.

Cuando Brunswick entró en Verdun, se encontró tan cómodamente, que permaneció allí una semana. Los emigrados que rodeaban al rey de Prusia, comenzaron ya allí á recordarle las promesas que había hecho. El príncipe había pronunciado, al partir, estas palabras extrañas. (Handenberg las oyó): Que no se intervendría en el gobierno de la Francia, que solamente devolvería al rey la autoridad absoluta. De-

volver al rey la monarquía, los curas á las iglesias, las propiedades á los propietarios, era su única ambición. Y á cambio de estos beneficios, ¿qué pedía él á la Francia? Ninguna cesión de territorio, nada más que los gastos de una guerra emprendida para salvarla.

Esta sencilla frase *devolver las propiedades* significaba mucho. El gran propietario era el clero; se trataba de restituírle unos bienes que valían cuatro mil millones, de anular las ventas hechas por valor de mil millones desde Enero del 92, y que habían acrecido después enormemente en nueve meses. ¿En qué iban á convertirse una infinidad de contratos de que aquella operación inmensa había sido la causa directa ó indirecta? No eran solamente los compradores los que resultarían perjudicados, sino los que les habían prestado dinero, los que de ellos los habían comprado á su vez, una multitud de terceras personas... Un gran pueblo verdaderamente ligado á la Revolución por un interés respetable. La Revolución había dado su verdadero destino á aquellas propiedades distraídas hacía varios siglos del objeto á que las habían destinado los fundadores piadosos, dedicándolas á la vida y sustento del pobre. Habían pasado de la *mano muerta* á la viva, de los perezosos á los trabajadores, de los abates libertinos, de los obesos canónigos, de los fastuosos obispos, al honrado labrador. En aquel corto espacio de tiempo se había formado una Francia nueva. Y aquellos ignorantes que traían al extranjero no lo sospechaban siquiera. Ni los dos agentes de Monsieur, ni M. de Caraman, agente secreto de Luís XVI, que estaban al lado del Rey de Prusia, no le advirtieron el grave peligro que se corría al tocar tan delicado asunto.

Apenas llegó á Verdún ordenó (ó se ordenó en su nombre) á los oficiales municipales de todas las ciudades que expulsasen á los curas constitucionales y restablecieran á los que no habían jurado, entregándoles los registros del estado civil, á fin de restituír á los religiosos *lo que les pertenecía*. Lo mismo ocurrió en la frontera del Norte. En todas las ciudades de Flandes francés en que penetraban momentáneamente los austriacos, su primer cuidado era volver á colocar á los curas que no habían prestado juramento.

Si Danton, si Dumouriez, hubiesen tenido el honor de pertenecer al consejo del rey de Prusia, le habrían aconsejado, sin duda alguna, semejantes medidas.

Al oír estas significativas palabras de restauración de los curas, de restitución, etc., el aldeano aguzaba el oído y comprendió que era la contra-revolución la que entraba en Francia y que iba á ocurrir una mutación inmensa de las cosas y las personas.

No todos tenían fusiles, pero los que tenían lo cogieron. El que tenía una horquilla, tomó la horquilla, y el que una hoz, una hoz.

Sobre la tierra de Francia se verificó un extraño fenómeno. Apareció cambiada de pronto al paso del extranjero. Se convirtió en un desierto. Los granos desaparecieron, y como si hubieran sido arrastrados

por un torbellino, se trasladaron al Oeste. En todo el camino solo quedó una cosa para el enemigo, los racimos verdes, la enfermedad y la muerte.

El cielo estaba de su parte. Una lluvia constante, incesante, caía sobre los prusianos, mojándolos hasta los huesos, siguiéndoles fielmente y preparándoles el camino. En Lorena encontraron ya barro; en Metz y en Verdun la tierra comenzaba á empaparse; y por fin en la Champagne se les apareció como un verdadero pantano en donde se hundían en baches de mortero, como cogidos con lazo.

Los trabajos eran poco más ó menos los mismos en los dos ejércitos. La lluvia, pocas subsistencias, mal pan y mala cerveza. Pero en lo moral la diferencia era muy grande. El francés cantaba, y en la avena ó en el centeno saboreaba alegremente el pan de la libertad.

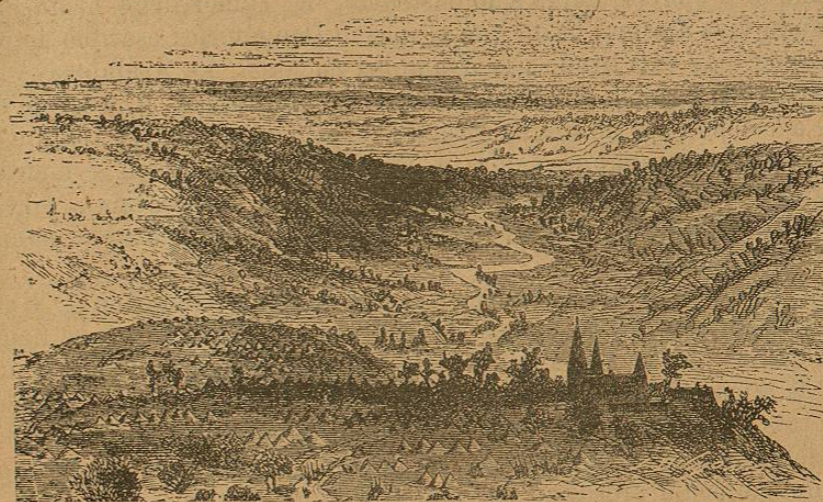
Aquel atrevido Gascón que les llevaba al combate tenía en la mirada y en la palabra un rayo del Mediodía que brillaba en aquel tiempo sombrío. Se sabía que siendo húsar á los veinte años, había sido acuchillado y ahora, á los cincuenta estaba tan bueno... El general estaba contento, y el ejército lo estaba también. El cuerpo que él había mandado en Flandes, y que fué á su encuentro, muy atrevido, muy aguerrido, no dejaba pasar un día, en sus primeros campamentos, sin dar bailes, y con frecuencia los daba sobre terreno enemigo. En los bailes y en las batallas figuraban en primera línea dos jóvenes y lindos húsares, que si hemos de creer las crónicas, eran nada menos que dos señoritas, dos hermanas, muy juiciosas.

Aquel ejército estaba sin culpa en los excesos del interior. Tuvo conocimiento de ellos con horror, y dió una violenta lección al populacho armado que le mandaron de Chalons. Era una turba de voluntarios, mitad fanáticos y mitad bandidos, que al leer la circular de Marat la habían puesto en práctica al momento, matando á varias personas. Llegaban, vociferando ante Dumouriez, gritando al traidor, pidiendo su cabeza, y quedaron admirados del vacío inmenso que se hizo á su alrededor. Nadie les habló. Al día siguiente, revista del general. Se vieron rodeados de caballería, muy numerosa y muy hostil, dispuesta á acuchillarlos, con la artillería amenazándoles por otra parte, que les hubiera ametrallado á la menor señal. Entonces llegó Dumouriez con sus húsares y les dijo: «Estáis deshonrados. Hay entre vosotros criminales que os instigan al crimen; arrojadles vosotros mismos. A la primera sedición os mando hacer pedazos. Aquí no consiento asesinos ni verdugos... Si os igualais á aquellos entre los que tenéis el honor de ser admitidos, encontraréis en mí un padre.»

No pronunciaron una palabra, y llegaron á ser muy buenos soldados. Adquirieron el espíritu general del ejército. Aquel ejército era magnánimo, verdaderamente heroico por su valor y su humanidad. Más tarde pudo observarse, en la retirada de los prusianos. Cuando los franceses les vieron hambrientos, enfermos, lívidos, casi arrastrándose, les

miraban con piedad y les dejaban pasar. Todos los que llegaban para entregarse veían el campamento francés convertido en hospital alemán y encontraban enfermeros en vez de enemigos.

El ejército francés, al principio muy débil, era en cambio, mucho más ligero y movable que el prusiano. Se trataba de reunir á los cuerpos dispersos; esto es lo que realizó Dumouriez con un golpe de vista, una audacia y una vivacidad admirables, tomando todos los desfiladeros del bosque de Argonne en presencia del enemigo. El austriaco, que había pasado el Meuse, se hallaba junto al bosque; podía perfectamente oponerse á Dumouriez. Este, con un falso ataque, les hizo reparar el Meuse, les escamoteó, por decirlo así, la posición ocupada, y tomó los



... el campo de Sainte-Menehould (Pág. 278)

desfiladeros en las barbas del austriaco asombrado (el 7 de Septiembre).

El solo, así lo asegura, sostuvo contra todos que era preciso defender la línea de Argonne, que separa el rico país de Metz, Toul y Verdun de la Champagne Pouilleuse. En vano insistían para que se retirara hacia Chalons y defendiera la línea de Maine. Pudo despreciar aquellos murmullos; cualquier otro general se hubiera visto precisado á ceder. Pero Dumouriez tenía á su lado, cerca de él, durante la campaña, para responder por él y sostenerle, á Westermann, es decir á Danton.

Solamente cometió la falta de escribir á París: «Que Argonne sería las Termópilas de la Francia, que él las defendería, y que sería más afortunado que Leonidas.» El Leonidas francés estuvo á punto de perecer como el otro. Confiesa él mismo, con una sinceridad propia tan